

ESA OTRA FUNCIÓN DE LOS PARQUES NACIONALES

Joaquín Araújo

Todo tiene relación con todo. Hasta aquí, y aunque queda demasiadas veces demostrada la torpeza de olvidarlo constantemente, solemos aceptar que se trata de una ley cósmica. Ineludible, por tanto, desde para la sencillez extrema, esa que le corresponde a cualquier átomo; o a la máxima complejidad, esa que suponen los elementos, procesos y capacidades que nos permiten llegar a pensar en ello. O en cualquier otra porción de la realidad.

Reconocer que *todos dependemos del todo*, ya queda en una penosa trastienda a la hora de administrar, no sólo el derredor, sino a la misma condición humana. Entre otros, suficientemente conocidos motivos, el que casi todos nos consideramos como un todo, en lugar de una parte. Parte, sin duda, crucial porque al menos el pensamiento ecológico -minúscula porción todavía de la cultura humana- es consecuente con uno de los más brillantes, aforismos de la historia. Es de Séneca y revela uno de esos estilos de inteligencia anticipadora realmente insuperables.

Distingue así el sentido y oportunidad de la conservación de la multiplicidad: "Si una parte del todo cae, los que quedamos ya no podemos estar seguros".

Por lo que cabe situar a las políticas de conservación de cualquiera de los componentes de la multiplicidad vital, como una cautela elemental. Un compromiso, con las posibilidades de que la realidad siga asistiendo a todos sus componentes. Por eso mismo resulta insuperablemente progresista la conservación de la totalidad. Pretende ni más ni menos que fundar el futuro. Puro progreso, pues, sin los falaces reduccionismos de quitar de en medio a ciertas partes para engordar a otras unidireccionalmente.

Conviene recordar que hay todos pequeños; otros más grandes y finalmente los inabarcables. Con todos ellos lidia el pensamiento ecológico y hasta la administración ambiental, por mucho que todavía sus horizontes temporales, presupuestarios y hasta espaciales estén encarcelados por la lógica del sistema que se rige, por cierto, por la ceguera de considerarse con todos los derechos -impunidad absoluta incluida- de apropiarse de todos los tipos de todo.

Es más, hasta cuando protege a las porciones del todo que llamamos parques nacionales ya están por delante los rendimientos, a corto plazo, del uso lúdico, científico y turístico, como justificación de lo que en realidad es manifiestamente necesario para la simple continuidad de - insisto- un inmejorable sistema de seguridad.

Pretendo desembocar, en cualquier caso, en la consideración de que todavía es menor el arraigo de que exista *un todo que es de todos*. Como por ejemplo esos a los que llamamos elementos -como el agua y el aire-; no menos los procesos como el hídrico o el del nitrógeno; incluso los paisajes, es decir, los panoramas al ser contemplados, o los espacios protegidos como el último Parque Nacional, el de Monfragüe, en la querida Extremadura: nuestra comunidad con más todos todavía funcionando.

Al primer Todo - así con mayúscula- podríamos identificarlo -aunque depende del otro todavía mayor- como la Biosfera. El otro todo -con minúsculas- podemos identificarlo como esos espacios -infinitamente más pequeños donde la multiplicidad de la vida -la más preciosa de las construcciones de la Biosfera- aunque enjaulada, se manifiesta con suficiente esplendor y desarrolla la mayor parte de las tareas que consiguen hacernos posibles a todos, incluso a los partidarios de que también esos enclaves sean convertidos en mercancía.

De ahí que además de las esenciales, necesarias funciones que desempeña nuestra red de Parques Nacionales, la más importante sea la menos patente.

Sólo en ellos cabe ya asomarse al todo de todos. Y aprender algo del valor de lo común. Estos amaneceres que amnistían a la vida; que casi la sacan de la cárcel de la arrogancia y de la opacidad; que la calientan de ese largo frío que es la destrucción de los paisajes; en fin esos queridos parques nacionales deben ser escuelas de lo que más necesitan hoy nuestras sociedades; deben, pues, trascender los particularismos, ya sean locales, regionales, autonómicos e incluso estatales. Son exponentes de INTEGRIDAD, es decir, que no les falta nada ni a nadie. ☞

www.joaquinaraujo.com